

Voces del convento o el poder de la palabra

Sonja HERPOEL
Universidad de Utrecht
S.I.M.Herpoel@uu.nl

En la vorágine de las reformas, la influencia ejercida por la Fundadora fue avasalladora. A pesar de ser contestadas desde el principio, Santa Teresa y su obra pertenecen además al canon, no cabe duda. Elevada por la Iglesia al rango de ejemplo sin parangón, la monja abulense eclipsa de entrada cualquier concurrencia. Pero, ¿qué pensar del gran movimiento de mujeres que continuaron su tarea en uno u otro aspecto, sea biográfico sea didáctico, sea...? Fueron silenciadas demasiado tiempo. Ocurre así por diversas razones. Por un lado, sus manuscritos fueron fragmentados o aislados, por otro se perdieron irremediablemente muchos escritos. También fueron con frecuencia olvidados durante décadas enteras –si no para siempre– por los mismos superiores religiosos. Pero cualesquiera que fueran los contratiempos, esto no impidió a algunas monjas audaces dejar oír una voz propia a lo largo de lo escrito y pronunciarse sobre los más variados temas, con inclusión de aquellos sobre los cuales en su calidad de mujeres y religiosas no les era lícito opinar. Inventándose elegantes estratagemas lograron reducir la distancia entre confesor y penitente con el fin a veces muy evidente de traspasar a la posteridad sus creencias y enseñanzas.

Oriundas de todas las regiones de España, las seguidoras de la Fundadora echan mano a la obra en un intento de dar a conocer lo más íntimo de su ser. Al hacerlo, también reparan en el lector de su texto, sea el director espiritual, sean otras autoridades religiosas o las cohermanas y hasta el lego interesado por las vivencias espirituales de la penitente. Las monjas son capaces de ejercer una influencia directa o indirecta en el receptor y a partir de cierto momento son muy conscientes de ello. Que sepan exactamente cómo sus consejos o directrices serán recibidos por el público lo testimonia más de un manuscrito o edición. Otras mujeres, menos seguras de sí mismas, se valdrán de los repetidos juicios favorables del confesor para atreverse a explayarse a sus anchas en el dominio de la autobiografía que en un principio le es vedado a la mujer y más aún si esta es religiosa, a la que la humildad impide tomar la palabra. Después de algún tiempo vemos que la Iglesia empieza a apreciar los dotes de proselitismo de la monja. Las visiones en las que esta intenta pintar con detalle el favor recibido del Señor suelen entonces alternar con consejos o exhortaciones a los coetáneos para observar el buen camino.

Veamos ahora de más cerca dos casos concretos de religiosas que escribieron con la indudable intención de dejar constancia de la sociedad de su tiempo y de no callarse ante lo que denuncian como una injusticia inaceptable, a saber la supuesta inferioridad de las mujeres. Así, tenemos en primer lugar la figura eminente de María de San José (Salazar). Tuvo el privilegio de conocer a Santa Teresa en persona: la encontró ya de niña en 1562 en el palacio toledano de doña Luisa de la Cerda y la acompañará trece años más tarde en el viaje a la fundación de Sevilla, donde fue nombrada primera priora y donde habrá por dos veces consecutivas de soportar los rigores de la Inquisición. Además de eso les unió una sólida amistad de la cual testimonian las numerosas cartas que se dedicaron. Consabido es que la Fundadora tuvo en altísima estima a esta monja («que harto más sabe que yo y es mejor»¹.) y que pensó en ella como su posible sucesora, como se lee en una de sus cartas.

¹ Santa Teresa de JESÚS, *Obras completas*, eds. Efrén de la MADRE DE DIOS y Otger STEGGINK, Madrid, La Editorial Católica, B.A.C. 212, 1982, p. 1094.

Esta religiosa, pues, nos ha dejado con su *Libro de recreaciones*² de 1585 un ejemplo acabado de un ejercicio estilístico. En efecto, hija de su tiempo, escoge el género culto y prestigioso del diálogo renacentista para dirigirse a su lector. Allí donde se presta sin mayores problemas al tratamiento de los temas más diversos, el diálogo además es indicado en particular para usos pedagógicos debido a las grandes posibilidades de discusión y argumentación que encierra. La carmelita descalza lo sabe como nadie y se aprovecha al máximo de ellas. Tiene muy claros los objetivos perseguidos: no solamente intentará ofrecer una semblanza de sí misma y trazará según sus posibilidades un retrato de la Fundadora, sino que de paso también dejará constancia de su gran sabiduría, de la que con toda razón presume y que, no lo duda, la eleva a la altura de las autoridades masculinas. A pesar de que, por lo menos según el prólogo, el diálogo vaya dirigido a sus correligionarias –que por lo visto forman el destinatario único y explícito– se perfila en filigrana la figura de la Iglesia, cuando Sor María de San José (Salazar) dibuja el esquema que se propone seguir. Por lo demás siempre es central la figura del lector ausente, al que se le da la impresión de poder participar en la polémica.

Conocida en toda la Orden y fuera de ella por su gran inteligencia, algo que por cierto no la favoreció siempre, esta figura de proa del Carmelo Descalzo primitivo no se calló en ningún momento e intervino en su favor en la controversia sobre el P. Jerónimo Gracián. Reacia al compromiso, defendió en extremo la libertad de las carmelitas descalzas contra las autoridades de su Orden. El *Libro de recreaciones* le permite además demostrar sus extensos conocimientos espirituales, de los que es orgullosa, a pesar de sus protestaciones de lo contrario: así se disculpa de entrada por la gran cantidad de referencias a escritos espirituales que su discurso encierra («debo [...] pedir perdón [...] por el agravio que hago al humilde trato de las hijas de la Virgen sacratísima, en haberme atrevido a traer tantos lugares de la Sagrada Escritura, cosa tan fuera de costumbre entre mis hermanas»³). Y, en efecto, abunda su texto en referencias que denotan su gran dominio de la materia, pero la autora insiste en el papel que estas desempeñan. Las alusiones esparcidas por todo el libro cumplen una función argumentativa o ilustrativa. Por lo demás, es evidente que al dejar traslucir su gran entendimiento María de San José (Salazar) se eleva a la categoría de mujer letrada, por mucho que la humildad le obligue a pretender lo contrario. Así justifica su empresa diciendo que escribe «no porque entienda ser yo de las que algo saben, mas, aunque como la más ruda e ignorante he alcanzado poco, mas confieso que tal cual es lo aprendí de ellas»⁴.

No fue publicado el *Libro de recreaciones* hasta el siglo XX, más que probablemente por el atrevimiento de la autora que a veces raya en lo difícilmente creíble. Intelectual por los cuatro costados, esta hija predilecta de Santa Teresa no acepta sin más el que su Orden las trate como si fueran unas niñas indefensas, sino que denuncia el error dondequiera que lo encuentre. Muy consciente de su valor, no admite que se relegue a la mujer a un segundo puesto: «muchas [mujeres] ha habido que se han igualado y aun aventajado a muchos varones»⁵. De igual modo no comprende la tendencia de infundirles miedo: «Yo tengo por gran desatino poner tropezón donde no le hay, y hacer entender a las pobres mujeres que todo es herejía»⁶. Siempre en primer plano en el momento de actuar, esta religiosa, que como priora del convento de Sevilla hubo de enfrentarse por dos veces consecutivas con graves

² María de SAN JOSÉ (SALAZAR), *Escritos espirituales*, ed. Simeón de la SAGRADA FAMILIA, Roma, Postulación O.C.D., 1979, pp. 45-227.

³ SAN JOSÉ (SALAZAR), *Escritos cit.*, p. 48.

⁴ SAN JOSÉ (SALAZAR), *Escritos cit.*, *ibid.*

⁵ SAN JOSÉ (SALAZAR), *Escritos cit.*, p. 54.

⁶ SAN JOSÉ (SALAZAR), *Escritos cit.*, p. 55.

problemas por las intromisiones de la Inquisición, que hasta le valieron ser temporalmente destituida de su oficio y ser encarcelada, se trasladó después al de Lisboa en calidad de fundadora y primera priora. Es también allí que redacta el texto que aquí comento.

Cuando se trata de la obra de proselitismo, opina que más vale el modo de obrar de Santa Teresa que el oficial de la Iglesia: «Y creo verdaderamente que, si los que tienen oficio de llegar almas a Dios, usasen de la traza y maña que aquella Santa usaba, llegarían muchas más de las que llegan»⁷. Si bien a continuación matiza algo esta afirmación, subrayando el papel importante de los responsables eclesiásticos, vuelve a insistir en la necesidad del buen ejemplo y en la de dar una imagen de las descalzas que contradiga la opinión de tristeza y melancolía que para algunos éstas solían transmitir.

Forma parte integrante del discurso la meditación acerca del papel que le incumbe a la mujer en el seno de la Iglesia. Este tema constituye una preocupación permanente de la monja. Al autoafirmarse constantemente, reivindica el derecho a ser tenida en cuenta y mediante sus comentarios se sitúa a sí misma en el interior de la Iglesia. «No hay para qué nos excluyan del trato y comunicación con Dios, ni nos quiten que no contemos sus grandezas y queramos saber lo enseñado»⁸. Ella misma confiesa haber pasado dos años de continuas dudas antes de ingresar religiosa, porque no se atrevió a hablar con nadie sobre el tema, ni siquiera con su confesor. Al hacerlo, insiste en la fuerza de su llamamiento a la religión, ya que por sí sola había sido capaz de superar los obstáculos que se le pusieron.

María de San José (Salazar) sobrepasa con mucho el proyecto narrativo que fundamenta el *Libro de recreaciones*, al saber informar al padre espiritual sobre su vida e instruir a las coreligionarias. Olvidándose por momentos del primer destinatario, la carmelita descalza hasta amplía aún más el presunto público para dirigir su queja al país entero. Es muy consciente de pertenecer al reducido núcleo de mujeres cultas de su época. A través de la escritura reivindica para sí misma un sitio entre los letrados de su tiempo. Intenta dejar constancia de su diferencia y para hacerlo aprovechará todos los medios que tiene a su alcance. Testimonian de sus extensos conocimientos en las más variadas materias las a veces largas digresiones de su obra, como son el comentario sobre las propiedades de ciertos metales y piedras preciosas. La forma del diálogo le permite matizar además sus reflexiones sobre el tema candente de la oración. Siendo un tema obsesivo, que se desarrolla bajo el peso de numerosas prohibiciones, esta es presentada al lector con recomendaciones y consejos prácticos. Defensora sin par del espíritu teresiano, María de San José (Salazar) esboza en su texto la imagen de la carmelita descalza ideal.

Su original y amena relación demuestra de sobras sus dotes nada desdeñables de escritora y presenta una estructura relativamente compleja. Presiente la priora que pudiera molestar a alguno de sus receptores el que acate temas tan diversos. Lo explica diciendo que no le bastarían meras descripciones para dar una imagen completa y correcta de la vida religiosa. Es, al contrario, indispensable la contribución inapreciable del género dialogal que permite tomar mayor distancia de la experiencia personal.

Otro extremo lo encontramos en la figura de una recoleta agustina. En su extensa relación escrita en 1646⁹ habla libremente y sin rodeos de lo que ha aprendido a lo largo de su vida. Es lícito suponer que en parte lo hace así porque ya es anciana y porque intuye que no tiene mucho que temer de la censura —además ya ha sufrido un examen inquisito-

⁷ SAN JOSÉ (SALAZAR), *Escritos cit.*, p. 64.

⁸ SAN JOSÉ (SALAZAR), *Escritos cit.*, p. 143.

⁹ Francisco Ignacio, *Vida de la venerable madre Isabel de Jesús, recoleta agustina, en el convento de San Juan Bautista de la villa de Arenas. Dictada por ella misma y añadido lo que falta de su dichosa muerte*, Madrid, Francisco Sanz, 1672, pp. 1-344.

rial, del que salió victoriosa como nota con alguna satisfacción—, en parte porque su naturaleza increíblemente extravertida la lleva a expresarse del modo más llano posible: «yo llevo la mira a decir verdades» afirmará repetidamente la monja¹⁰. Por lo tanto alternativamente enseña y desafía a su lector, lector que por lo demás se autoimagina en parte. ¿Quién fue esta mujer valiente y qué hizo una vez religiosa? Como nadie Isabel de Jesús conoce los temores y esperanzas del pueblo por haberlos vivido en su propia piel. Casada a los 14 años con un hombre mucho mayor, pierde a sus tres hijos en edad temprana. Confiesa que es tenida por loca por los pueblerinos y en un principio, llena de dudas e incertidumbres acerca de su religiosidad, suscribe sin más esa opinión. Incapaz de apreciar sus extravagancias, la gente no comprende su comportamiento divergente, en contradicción abierta con las normas vigentes de la ideología dominante.

Cuando por fin cae en la cuenta de que lo que experimenta son visiones y comunicaciones místicas, aprovecha la muerte de su marido para intentar entrar en religión, pero en un principio sin éxito; cuando finalmente, después de muchos esfuerzos, deja el mundo por la vida conventual tiene unos 40 años. En cuanto a sus experiencias como religiosa, pasa por varias etapas. Entretanto continúan las mercedes que Dios le va haciendo. Haciendo caso omiso de los detractores, la madre una y otra vez manifiesta su opinión muy personal. Contradice en su texto a su director espiritual de la época que le va mortificando, al pretender que los raptos místicos que experimenta provienen de la influencia del diablo. Al serle asignado otro confesor, su reputación de visionaria, que por lo visto está al origen de su autobiografía, va rápidamente en aumento.

Acostumbrada como está a la vida en el campo, conoce los pesares y alegrías de la gente común y no duda, en su *Vida*, a referirse a estos. En un estilo familiar, con numerosísimas comparaciones e imágenes, relata las diferentes etapas de su vida y las cuantiosas mercedes que ha recibido. Perteneciendo al grupo de mujeres de extracción social humilde, el discurso de Isabel de Jesús hubiera sin duda quedado en la oscuridad algunas décadas antes. Pero vemos que en su calidad de perfecta analfabeta —se confiesa incapaz de leer y escribir, por lo cual dicta su texto a otra hermana de su convento— aprovecha su supuesta ignorancia para presentar un punto de vista más que personal. Si bien le sobran razones para desconfiar, hace caso omiso de cualquier forma de moderación.

A pesar de las múltiples digresiones que se permite, produce un texto altamente legible, en el que, después de imaginarse un público variopinto, propone sus advertencias a lectores y oyentes. Más que solamente comunicar sus ideas y convicciones, la monja arrastra a sus coetáneos para que se den cuenta, como ella, de los peligros y asperezas que les esperan a cada paso si no observan con el debido respeto las enseñanzas del Señor. En cambio, una buena conducta les prepara para innumerables bondades. Y afirma que en esto son iguales tanto religiosos como legos. Llevada por un emotivo entusiasmo, llama al pecador para que deje atrás cualquier vicio. En su tarea apostólica y a medida que avanza su dictado multiplica la cantidad y calidad de sus receptores: su afán comunicativo no conoce límites.

Lo cierto es que derriba fronteras al dirigirse a varios públicos que sin lugar a dudas corresponden a los lectores reales de la época. La anciana madre convoca alternativamente a sabios e ignorantes. Pretende que la gente de su clase de origen no ha de disculparse por sus escasos conocimientos. Al contrario, parece decir que carecen de la astucia de los letrados y por lo tanto pueden llegar a Dios más fácilmente.

Isabel de Jesús tiene verdadera predilección por los humildes, por aquellos dejados de la mano de Dios. Esta mujer, que no tiene ni la más mínima idea de lo que son poéticas o

¹⁰ IGNACIO, *Vida* cit., p. 123.

retóricas, aunque sea bien capaz de poner en la práctica sus enseñanzas, estalla en repetidas ocasiones en exclamaciones que habrán derretido el corazón del director espiritual más severo. Y dicho sea de paso que así lo comprende este, ya que llegado el tiempo señalado —es decir después de la muerte de su penitente— publicará su manuscrito para que tenga un efecto bienhechor en los creyentes, convirtiendo así en realidad concreta las especulaciones de la religiosa sobre la posibilidad de obtener un público extramuros. ¿La Iglesia se ha dado cuenta también del manifiesto desdén hacia los letrados? Parece ser que no, a pesar de que en algunos momentos es muy visible en el texto. ¿Ni siquiera han captado la sutil burla de la Inquisición que Isabel de Jesús no tiene reparo en revelar? En todo caso, es capaz de hablar a la gente llana en un lenguaje sencillo que por cierto no dominan las autoridades eclesásticas. Aparentemente, su discurso carece de pretensiones literarias. Halla sus fuentes sobre todo en la literatura profana y sacra: la Biblia, desde luego, pero también —entre otros— la literatura de caballerías, ciertas piezas teatrales, poesía, proverbios, etcétera.

Termino ya. Superando en ocasiones al mismísimo confesor, que suele ser la primera persona de confianza, o incluso al letrado calificado, ambas religiosas tienen a su alcance todos los medios para ser escuchadas. Desde un principio se saben protegidas por el impacto del mandato de escribir que les exime de entrada de cualquier culpa. Y sin embargo es evidente que son muy conscientes de su posible papel en la sociedad española de aquel entonces. Allí donde María de San José (Salazar) presume sin más de sus conocimientos que la elevan al rango de letrada, Isabel de Jesús se atreve a desafiar abiertamente a las autoridades. Ambas persiguen un mismo fin, a saber, contribuir a una mejor educación espiritual de sus coetáneos.

Al hacerlo, varían únicamente los métodos empleados. La carmelita descalza se valdrá de la sola fuerza de su ingenio, cuando la agustina recoleta derriba fronteras para ver adónde su habilidad puede conducirla.

En el caso de María de San José (Salazar) cabe destacar la actitud individualista que preside la elección del diálogo. En tanto género híbrido, que mezcla elementos procedentes de disciplinas como la literatura y la filosofía, el *Diálogo* atesta una perspectiva hasta entonces desconocida: una mayor conciencia del mundo corre parejas con una mayor conciencia de la propia existencia. La hija predilecta de Santa Teresa se confiesa poco dada a los extremos: entendiendo por extremo «el que comúnmente usan los hombres para con las pobres mujeres, que en viéndolas tratar de Dios se escandalizan y traen atemorizadas»¹¹. Incapaces de seguir las complejas y enrevesadas argumentaciones teológicas de los letrados, las mujeres carecen a menudo de la información requerida para comprender. La religiosa lo sabe e intenta remediarlo mediante su escrito que sabe indicado para usos pedagógicos. En tanto exponente del naciente humanismo español, el diálogo será empleado por muchos que aprecian la posibilidad que ofrece el género no sólo de presentar el debate, sino también de influenciar en el lector al que se da la impresión de poder participar en el debate. La monja lo tiene bien claro y lo afirma sin rodeos: «no hay para qué nos excluyan del trato y comunicación con Dios, ni nos quiten que no contemos sus grandezas y queramos saber lo enseñado»¹². Su propio caso le sirve de ejemplo. Después de haber demostrado su cultura nada común al traer numerosas referencias a fragmentos de la Sagrada Escritura, con lo cual contradice una afirmación anterior que les es prohibido a las mujeres hablar de la misma, destaca la reflexión acerca del papel que le incumbe a la mujer en la Iglesia. El tema se convierte casi en una obsesión continua. Mediante sus comentarios María de San José (Salazar) se sitúa a sí misma en el interior de la Iglesia.

¹¹ IGNACIO, *Vida cit.*, p. 143.

¹² IGNACIO, *Vida cit.*, *ibid.*

La agustina recoleta, por su parte, demuestra en su texto una extremada confianza en sí misma y eso a pesar de que ya haya sufrido acusaciones de herejía por parte de la Iglesia. Acusada de endemoniada en su vida seglar, ha experimentado en su propia piel los extremos a los que puede llegar una religiosidad mal comprendida. Aunque le sobren, pues, razones para desconfiar, la «rústica labradora»¹³ como se autocalifica astutamente, se deja arrastrar por su elocuencia. Presumiendo ser cristiana vieja y poniéndose al amparo de posibles críticas en cuanto a la formulación de sus ideas religiosas, Isabel de Jesús se jacta de una superioridad innegable. Está íntimamente convencida de que llega a transformar al creyente mediante la fuerza de su palabra. Conmueve al lector para que reavive su sentido de religiosidad, para que se haga más consciente del verdadero alcance de sus actos. Isabel de Jesús sobre todo hace hincapié en la miseria del mundo, mostrando la incommensurable bondad del Señor.

La acogida que ambas monjas desean para su discurso es diferente. En el caso de la carmelita parece que en un principio va destinado más bien a un grupo reducido de personas espirituales –sus correligionarias y los superiores–, mientras que la agustina sueña con un muy variado horizonte de lectores. La intención con la que escriben permanece sin embargo la misma. No sólo se proponen dar cuenta por escrita de su vida, sino que además sus intenciones van más allá de lo propiamente autobiográfico. Mediante su palabra intentan darles a sus contemporáneos una perspectiva nueva sobre los más diversos aspectos de la fe.

Resumen: En este trabajo se comentan fragmentos de las autobiografías de dos religiosas españolas del Siglo de Oro. Se comprueba entonces que ambas son capaces de dejar oír una voz propia y que emiten ideas que frecuentemente están en desacuerdo abierto con las reinantes sobre la mujer. También intentan alzarse contra la voz del poder, sea mediante la exposición de sus conocimientos de letrada, sea mediante la insistencia en la creencia religiosa.

Palabras clave: España, Siglo de Oro, autobiografía religiosa, poder de la palabra, María de San José (Salazar), Isabel de Jesús

Abstract: In this article we comment fragments of the autobiographies of two Spanish nuns of the Golden Age. We see that both are able to produce their own realities and that they repeatedly utter ideas that don't correspond with those that at the time exist about women. We also note a certain defiance of the nuns against the voice of the authorities: one by showing her knowledge of a woman of letters and the other by insisting in religious faith.

Keywords: Spain, Golden Age, religious autobiography, power of the word, María de San José (Salazar), Isabel de Jesús.

¹³ IGNACIO, *Vida cit.*, p. 2.